

El eslabón perdido

“Hay algunas que se alegran de verse libres del marido, como si hubieran sacudido de sus cervices un muy grave yugo de servidumbre, o unas muy duras cadenas de cautiverio, y no se ve de placer con ello. ¡Oh locas, que no es libre la nave sin gobernador, no, mas desamparada; no es libre el muchacho sin maestro, mas desamparado y erradizo y desvariado! Así bien la mujer sin marido es puramente lo que suena su nombre de viuda, es a saber, sola, triste, desamparada”¹

La agrupación y convivencia de personas, natural o pactada, tiene un fin que cumplir por medio de la cooperación. La finalidad más salvaje de la vida es sin duda la supervivencia. Morir es inevitable, pero crear es casi un deber en este propósito, para hacernos sobrevivir en otros. Por ello la prioridad de las mujeres en una sociedad como la del Antiguo Régimen fuera la de parir y proporcionar a los nacidos un ambiente estructurado y claro donde desarrollarse y asegurar, a su vez, la supervivencia de su descendencia.

La mujer se define en esta sociedad por su relación con un hombre, por lo que la viudedad supone un acontecimiento social y personal de gran importancia. Las que pertenecían a una clase social privilegiada solían tener ingresos asegurados y pasa-

ban a regentar su casa, por lo que aparentemente quedaban desvinculadas de toda tutela. Esta situación de renovada independencia podía provocar un desequilibrio social, un peligro. Tienen la capacidad de seducir a hombres casados y desestabilizar otras familias; casi cualquier acción de una viuda es un pecado. Su misión en la vida ya no está clara, pero la sociedad cristiana tiene una solución para todo.

Casta provocación

“Si alguna vez la viuda tuviere la necesidad de salir de casa, salga muy cubierta [...] Porque es menester que ella sea un ejemplo de esperada bondad de donde las otras aprendan qué cosa es virtud y (como dice San Jerónimo) todos los que la vieran maravillándose digan: ¡Qué nueva gravedad es ésta! ¡Qué honestidad! ¡Qué reposo! ¡Qué madurez! ¡Qué cordura! ¡Qué seso!”²

De esta manera aconseja Vives cómo ha de ser el aspecto de una viuda allá por el s.XVI. Sin embargo, la cuestión es saber si esto fue así o realmente la viuda de la época aprovechó su condición para resultar más atractiva. Sin duda el camino de la moda desde época moderna ha avanzado mucho, pero ciertos elementos propios de la viudedad se han mantenido hasta nuestros días. En ocasiones estos elementos se han



transformado para convertirse en símbolos de la mujer como arma de seducción. El negro, color impuesto por la austera corte española, fue insignia de sobriedad y rigurosidad, aunque bien es cierto que las joyas, los bordados y demás adornos resaltaban más sobre el negro que sobre cualquier otro color. En pleno s. XVI el negro simbolizaba rigidez, gravedad y seriedad. Estas eran las premisas básicas para que una viuda fuese decente y pudiese llevar una vida digna, aunque claro, no es casualidad que con el tiempo, el negro, con esas connotaciones tan rígidas, se acabase convirtiendo en un color sensual y provocativo. Lo que ha acabado acentuando este color es que lo prohibido y lo rígido

acaba resultando atractivo para el espectador ávido de erotismo. Encajes, corpiños o miriñaques no fueron más que excusas, en muchos casos, para darle un sentido completamente opuesto a lo que la viuda debía ser: un ejemplo de decencia y de castidad.

De la misma manera que en la época sabían cómo era la vestimenta adecuada, también sabían cómo utilizar ciertos recursos para saltarse los convencionalismos. Así, el negro se convirtió en un color que atraía las miradas, ya que representaba a la mujer sin compromiso alguno, únicamente casada con Dios. Ciertos recursos comenzaron a hacerse notables³,

como el uso de zapatos tacón bajo, con la intención de atraer con su sonido la mirada de todo aquel que se cruzaba. También la viuda dejaba caer en algunas ocasiones el manto que cubría su cabeza para mostrar su cabello. Y quizá la más curiosa de todas las “armas” de seducción era el alegre descuido de llevar descosido algún elemento del vestido, para que dejase entrever algunas zonas como la espalda o los tobillos.

Esto pone de manifiesto que a pesar de que estaba claro cuál era el camino virtuoso para la viuda moderna, esta podía saltarse los preceptos morales de la época para así resultar coqueta y atractiva.

Cristo, el marido perfecto.

“Cuán amada, cuán agradable es a Cristo la que es verdadera viuda, la cual viéndose sola y desamparada pone su esperanza, su amparo, su consolación y todo su bien y gloria en Jesucristo”⁴.

La religión, o al menos la Iglesia, es una magnífica herramienta de cohesión social. No hay hombre suficientemente inmaculado como para ejercer un control absolutamente justificado sobre los demás -es por ello que los monarcas de todas las épocas suelen serlo “por gracia divina”-, y a pesar de ello un marido es un rey para su esposa. Cuando este muere, el comportam-

¿EN QUÉ ME HE CONVERTIDO?

Las viudas en Instrucción de la mujer cristiana de Juan Luis Vives

POR: DÁCIL MELGAR Y DANIEL DE LA FUENTE



1. *INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA*. VIVES. 1995. P.354

2. *INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA*. VIVES. 1995. P.379

3. *INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA*. VIVES. 1995. P.380

4. *INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA*. VIVES. 1995. P. 371

5. *INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA*. VIVES. 1995. P. 374

iento de la mujer ha de sustentarse en la lealtad a Dios: si ya no hay que ser fiel y servir a un marido terrenal es prácticamente obligatorio para la supervivencia social servir a uno celestial; en vez de actuar rindiendo cuentas al esposo, ha de actuar y pensar sabiendo que es observada y juzgada por el alma de su difunto marido, por Dios, por Cristo y por toda la sociedad.

La viudedad es una situación siempre difícil, pero también tiene ventajas: en la vida de casada terrenal, el marido no tenía defectos, sino que todo problema provenía de la inútil cabeza de la mujer y de sus caprichos, por lo que había que ejercitar la sumisión; cuando una mujer se casa con Cristo ya no hay problemas ni defectos, el ser celestial se adapta a las necesidades y fantasías de cualquier mujer, es eternamente fiel a cada una de sus devotas y es inmortal.

Su misión en la vida, independientemente de la edad que tenga, deja de ser procrear y en sustitución se hace hincapié en la responsabilidad que

tiene de vigilar las buenas costumbres de su familia y comportarse como modelo de virtud cristiana. De esta forma, la Iglesia, que controla férreamente la vida de las personas desde que nacen, no pierde el control sobre la mujer que ya no vive bajo el sacramento del matrimonio, y hace de la viudedad una etapa de la vida en la que hay que esmerar la virtud más que nunca, pues *“muchas veces muestran las mujeres en ser viudas qué tales fueron siendo casadas, y con la licencia de la viudez descubren lo que tenían escondido por miedo del marido, como vecinas que, en saliendo de la jaula, vuelven luego a su natural. Entonces claramente se conoce la bondad de la mujer cuando pudiendo hacer lo que quiere, hace lo que debe”*⁵ escribe Luis Vives. Con estas ideas, el orden social queda asegurado, y el eslabón que se ha desgajado de la cadena se reinserta.

El disfraz de los sentimientos

“La buena mujer, muerto su marido, sepa haber recibido el mayor daño y perecimiento que le podía venir [...] toda ella haber sido quitada a sí misma, y de todo en todo muerta y acabada”⁶.

El matrimonio es en las clases privilegiadas del Antiguo Régimen una forma de diplomacia. El amor no tiene ningún tipo de determinación en la elección de la pareja, y es considerado un elemento pecaminoso. Sin embargo, el amor cortés, que existe desde el siglo XI, convierte el amor romántico en una moda, aunque siempre se daba fuera del matrimonio. El amor cortés no se da dentro del lazo matrimonial, pero los esposos han de comportarse como si su pareja ante Dios fuera objeto de devoción amorosa. Sin embargo, la viuda ha de quedar desconsolada tras la muerte de su marido, y no sólo por las dificultades de la vida cotidiana a las que se

va a enfrentar, sino porque no cabe duda de que lo amaba profundamente. Si una viuda no llora en el funeral de su marido, su comportamiento es un escándalo, y si este acontecimiento no marca el resto de su vida como un lúgubre velo siempre en su rostro, se le califica de deshonesto y libidinoso.

Por tanto, es curioso el doble giro que toman los sentimientos en esta sociedad: cuando se trata de la unión entre dos personas para el resto de sus días no tienen ninguna relevancia, pero cuando el marido muere la pena ha de ser tan grande como si se derrumbara el mundo. En cambio, debemos puntualizar que la muerte de una esposa es perfectamente superable, pues el hombre tiene el deber de encontrar otra pareja. Así, podemos concluir que la debilidad e ignorancia de la mujer no le permiten desligarse de los sentimientos que la atormentan, unos sentimientos que por otra parte son infundados.

Entre la vida moral y terrenal

“No escribo exhortaciones o consejos para ninguna manera de vivir, sino que doy avisos para obrar en cualquier estamento que cada una quisiere escoger a su vida. No doy consejo que la mujer viva viuda, mas enseñe a la viuda cómo ha de vivir, puesto caso que yo siempre le aconsejaría que por muchos respetos perseverare en santa viudez y máxime si tiene hijos, lo cual parece ser fin del matrimonio”⁷.

¿La viudedad es el final de una mujer o aún queda oportunidad para rehacer su vida? Normalmente la viudedad se daba más en mujeres que en hombres, ya que ellas se casaban con varones más mayores; así, antes o después, acababan convirtiéndose en viudas. Había dos opciones: la primera era que la mujer fuese lo suficientemente anciana como para ser viuda hasta su muerte -aunque existieron casos de segundas o terceras nupcias en mujeres mayores-; o el caso más común, donde la mujer, en una edad temprana, enviudaba porque su marido era bastante más mayor que ella. He aquí el problema.

Las Sagradas Escrituras no condenan las segundas nupcias y este es el principal obstáculo que surge, ya que si la Biblia no lo condena, ¿por qué la sociedad sí lo juzga? Juan Luis Vives en su libro no se postula hacia ningún lado, aunque sí valora el hecho de que la viuda mantenga su condición hasta el final de sus días. Él pone ejemplos de otras viudas que a lo largo de la historia han mantenido su luto consagrándose como virtuosas. De la misma manera, también hace referencia a las mujeres que enviudando jóvenes, su mejor opción es casarse de nuevo para así seguir el camino correcto y madurar junto a su esposo.

Así y con estas dos corrientes podemos adivinar cómo era el pensamiento de la época respecto a las viudas. Por una parte vemos cómo el comportamiento modélico sería el de la viuda que mantiene su condición para siempre, guardando el luto, y una actitud decente y honesta, y por otro lado está la viuda que retoma su vida tras unas segundas nupcias -o incluso terceras- y claro, aquí hay que tener en cuenta a la viuda en cuestión: su dote, si fuese noble o no, y, sobre todo, si fuese joven y no fuese madre aún, o si por otro lado, tuviese hijos. Con todas estas variantes la viuda quedaría enjuiciada por la sociedad, ya que no ha tomado el camino del luto, aunque sí ha elegido el camino coherente y más provechoso para su futura vida.

6. *INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA*. VIVES. 1995. P. 351

7. *INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA*. VIVES. 1995. P. 389

8. *INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA*. VIVES. 1995. P. 360

Otros ejemplos de viudas.

A parte de los modelos que expone Vives, son dignos de mención otros ejemplos que hacen referencia a mujeres y viudas de la historia. Uno de estos ejemplos es Christine de Pizan, quien desarrolló su carrera como escritora durante finales del s. XIV y el s. XV. Ella, teniendo una buena posición en la corte y siendo aún joven, decidió ser viuda hasta el final de sus días, aun teniendo uno de los pensamientos más progresistas de la época. En sus versos se relatan algunos de los elogios a mujeres, como es el caso de Juana de Arco en su poema *La doncella de Orleans* y dedicó parte de su obra al enaltecimiento de la mujer en el *Libro de las Tres Virtudes*. Christine de Pizan es considerada una de las primeras feministas o protofeministas occidentales. Encontramos más ejemplos de viudas -menos ortodoxas- en la Inglaterra del s. XVIII, como Lady Granville, de la que se cuenta que paseaba radiante tras enviudar, o el caso de Hester Thrale, casándose en segundas nupcias con el tutor de sus hijos.

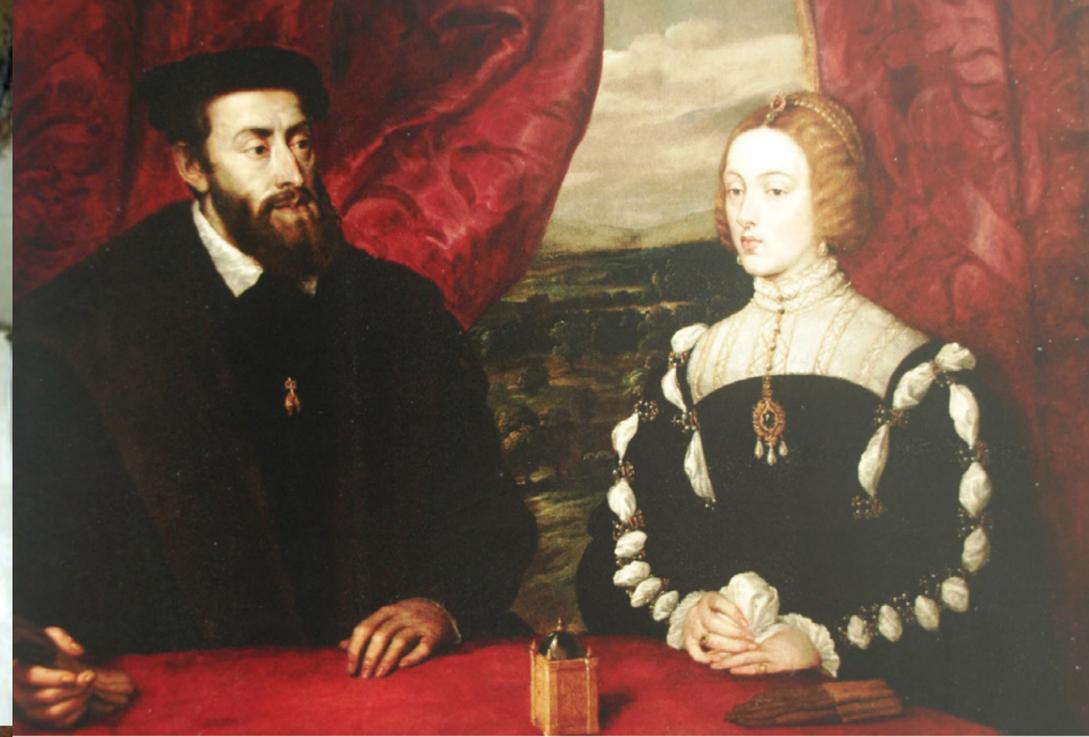
Ejemplos de segundas nupcias con críticas más sosegadas son los de componentes de familias reales, como la Infanta Margarita, hija de Carlos V y Johanna María van der Gheyst, la cual se casó dos veces, la primera con Alejandro I de Medici y la segunda con Octavio I, Duque de Parma. O también Mariana de Austria, hija de Fernando III y de María Ana de Austria, que contrajo matrimonio dos veces, la primera con el príncipe de Asturias, Baltasar Carlos, y tras la prematura muerte de éste, se casó por segunda vez con Felipe IV de España para asegurar la descendencia.

Lo anterior pone de manifiesto la variedad de ejemplos que encontramos en la viuda de la Historia Moderna, aunque lo que sí hay que destacar son las opiniones, siempre parecidas, respecto a este tema: dignidad para la viuda perpetua y celos para la viuda que vuelve a la Iglesia.

¿Utopía o pragmatismo?

“No quiero traer aquí las consolaciones escritas en muchos y grandes libros de filósofos. Yo enseño a la mujer cristiana y con cristiana filosofía, a cuya comparación toda humana sabiduría es pura locura”⁸.

Juan Luis Vives, defensor de la virtud femenina y autor de uno de los manuales de pedagogía social más importantes de la Edad Moderna, fue en realidad miembro de una importante familia judía perseguida por la Inquisición, que quemó en la hoguera a su padre y los restos



desenterrados de su madre. Temeroso de la Inquisición en España, se instaló en la corte inglesa, donde estuvo en contacto con Tomás Moro y acabó siendo profesor de María Tudor, fecha en la cual escribe *Instrucción de la mujer cristiana*.

En este contexto entendemos, entonces, que la contundencia de los consejos o normas que escribe Vives se enmarcan dentro de una sanguinaria lucha entre católicos y protestantes en un país que se ha revelado contra el Vaticano, y donde una de las hijas de un rey casi polígamo que rivalizan por el trono pretende conservar su virtud católica a toda costa: María Tudor. Más tarde, sería llamada “Bloody Mary” por los protestantes cuando a su subida al trono mandó perseguir y asesinar durante cuatro años a los líderes del “otro bando”. ¿Fue por tanto María Tudor, reina poderosa, el producto más perfeccionado de la educación que promulgaba Luis Vives?

Juan Luis Vives trató de facilitar con su obra la educación femenina, haciendo más sencillo para la mujer virgen, viuda y casada conocer el código de comportamiento oficial y asegurando a la educada que siguiendo los consejos que propone nunca podrá ser criticada por la sociedad. La mujer viuda ha de seguir siendo mujer, debe adaptarse a su nueva situación y mantener su papel legítimo en una más que complicada posición.